

después nos encarcelaron: horricéme, porque nunca había estado sepultada en tales tinieblas. ¡Oh día aciago! (48) hacia excesivo calor á causa de la multitud de gente; los soldados nos empujaban: finalmente, moríame de inquietud por mi hijo. Entonces, los bienaventurados diáconos Tercio y Pomponio, que nos asistían, lograron con el dinero que nos permitían salir, y pasar algunas horas en un sitio más cómodo de la cárcel. Salimos en efecto; cada cual pensaba en sí propio: yo dí de mamar á mi hijo (49); encargándolo al cuidado de mi madre; infundí ánimo á mi hermano, y consumíame el tormento de ver los dolores que les causaba. En esta angustia pasé varios días.

«Corrió la voz de que debíamos asistir á un interrogatorio. Trasládose mi padre desde la ciudad á la cárcel lleno de tristeza, y me decía: «¡Hija mía, compadécete de mis canas! ¡compadécete de mí (50)! Si yo soy digno de que me des el nombre de padre, si te he criado yo mismo hasta ahora, si te he preferido á tus hermanos, haz que no caiga sobre mí el oprobio de los hombres. Mira á tu madre, mira á tu hijo, que no podrá sobrevivirte: deja esa arrogancia por temor de perdernos á todos; porque ninguno de nosotros osará ya abrir los labios, si te sucede alguna desgracia.

«Así se explicaba mi padre enternecido, besándome las manos, arrojándose á mis piés, sollozando, llamándome, no su hija, sino su señora (51). Compadéciale al ver que él solo de toda mi familia no se regocijaria de nuestro martirio. Díjele para consolarle: Sucedará en el cadalso lo que á Dios plazca; porque habeis de saber que no dependemos de nosotros sino de su voluntad (52). Retiróse contristado.

«Al día siguiente, cuando estábamos comiendo, vinieron á buscarnos para el interrogatorio. Divulgóse al instante la noticia por los barrios inmediatos, y se agolpó un pueblo numeroso: subimos al tribunal....

«El procurador Hilarion me dijo: Ten en cuenta la vejez de tu padre; ten presente la infancia de tu hijo; sacrifica por la prosperidad de los emperadores.—No haré tal, respondí.—¿Eres cristiana? me preguntó; y contesté: Cristiana soy (53). Mi padre se esforzaba por sacarme del tribunal; Hilarion ordenó que lo arrojase de allí, y recibió un golpe de vara: sentílo como si hubiese sido herida yo propia, tanto fue lo que sufrí al ver maltratado á mi padre en su vejez (54). Entonces Hilarion pronunció nuestra sentencia condenándonos á todos á ser expuestos á las fieras. Volvimos gozosos á la cárcel; y como mi hijo se hallaba acostumbrado á estar conmigo, y á alimentarse con la leche de mis pechos, envié al diácono Pamponio para que lo pidiera á mi padre. Pero este no quiso entregarlo (55); é hizo Dios que el niño no pidiese ya de mamar, y que la leche no me causara incomodidad alguna.»

Termina la relacion de Perpetua, en la tercera de las visiones que tuvo en su calabozo.

«Felicidad estaba embarazada de ocho meses, y al ver tan cercano el día del espectáculo estaba muy afligida temiendo que difiriesen su martirio, porque estaba prohibido martirizar á las mujeres preñadas antes del término del alumbramiento. Sus compañeros en el sacrificio se mostraban notablemente afligidos por su parte al dejarla sola en el camino de su comun esperanza (56). Tres días antes del espectáculo se reunieron todos á orar y á llorar por ella. Apenas habían concluido la oración, comenzáronle los dolores; y como el alumbramiento es naturalmente más difícil en el octavo mes, su trabajo fue impropio, y se quejaba. Uno de los carceleros le dijo: Si te quejas ahora, ¿qué será cuando seas entregada á las fieras (57)? Dió á luz una hija, que crió como propia una mujer cristiana... Los hermanos y los demás lograron permiso para entrar

en la cárcel, y refrescar con los encarcelados: el conserje de la prision se había convertido ya á la fe. La víspera del combate presentáronles, según costumbre, la última comida, á la que daban el nombre de *cena libre* (58), y que servían en público; pero los mártires la convirtieron en una ágape. Hablaron al pueblo con su acostumbrada firmeza... Miradnos bien los rostros, decían, para que podais conocernos el día del juicio (59).

«Habiendo llegado el día del combate, los mártires se dirigieron desde la cárcel al anfiteatro, cual si caminaran al cielo, placenteros, mas bien conmovidos de alegría que de temor. Seguíanlos Perpetua con rostro sereno y paso firme, cual una persona amada de Jesucristo, bajando los ojos para ocultar á los espectadores su viveza (60). Felicidad estaba enagenada al ver que recobrada de su alumbramiento podía combatir con las fieras. Habiendo llegado á la puerta, quisieron obligarles, conforme al uso, á ponerse los adornos de los que se presentaban en aquel espectáculo. Consistían, para los hombres, en un manto rojo, traje de los sacerdotes de Saturno (61); y para las mujeres, un cintillo alrededor de la cabeza, símbolo de las sacerdotisas de Ceres. Los mártires rehusaron estas libreas de la idolatría.

«Despojaron de sus vestidos á Perpetua y á Felicidad, y las colocaron en la red para exponerlas á una vaca furiosa. Horrorizóse el pueblo (62) al ver tan delicada á la una, y á la otra recién parida: retiráronlas, y las cubrieron con trajes flotantes. Acometió primero á Perpetua, que cayó de espaldas: incorporóse y al ver que su vestido se había desgarrado por un lado, recogiólo para cubrirse la pierna, atendiendo más al pudor que al sufrimiento (63). Volvióse á atar los cabellos sueltos para no parecer de luto, y observando á Felicidad toda magullada, alargóle la mano para ayudarla á levantarse (64). Llegaron así á la puerta Sanavivaria, donde recibió á Perpetua un catecúmeno llamado Rústico. Despertó entonces como de un profundo sueño, y mirando en derredor suyo, exclamó: ¿Cuándo nos expondrán á esa vaca? Refiriéronle lo que había sucedido; y no quiso creerlo hasta que descubrió en su cuerpo y en su vestido las señales de lo que había sufrido (65). Mandó llamar á su hermano, y dirigiendo la palabra á este y á Rústico, les dijo. Permaneced firmes en la fe, amaos mutuamente, y no os intimiden nuestros sufrimientos.

«Pidió el pueblo que las condujeran de nuevo al medio del anfiteatro. Los mártires, después de haberse dado el ósculo de paz, se dirigieron allí por sí mismos (66). Felicidad cupo en suerte á un gladiador poco diestro, que la hirió en los huesos, obligándola á lanzar un grito; porque la ejecución de los moribundos arrojados á las fieras, servía de aprendizaje á los gladiadores nuevos. Perpetua aplicó por sí propia la vacilante mano del verdugo á su garganta (67).»

En la misma Cartago, que reunía á esta tantas otras memorias, llevóse Cipriano la palma debida á su elocuencia y á su fe; cortaron la cabeza á este primer Fenelon, que se vendó él mismo los ojos: atáronle las manos, Julian sacerdote y Julian diácono; sus neófitos tendieron pañuelos para recibir su sangre.

Mucho tiempo antes Policarpo, que gobernaba la Iglesia de Esmirna hacia ya setenta años y había sido nombrado por el apóstol Juan, verificó su entrada por orden del cónsul, caballero sobre un asno en su ciudad episcopal, como Cristo en Jerusalem. El pueblo gritaba: «Ese es el doctor de Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses: arrojad un león contra Policarpo.» Esto no fue posible, porque se habían concluido los combates de las fieras. Entonces volvió á clamar el pueblo á una voz: «Que Policarpo sea quemado vivo.»

Preparada la hoguera, quitóse Policarpo el ceñidor y se despojó de sus vestidos. Querían clavarle en la

hoguera como á su Señor en la cruz, y manifestó que esta precaucion era inútil, porque permanecería firme. Atáronle, pues, sencillamente, y parecía un cordero escogido en el ganado, como un holocausto agradable y acepto á Dios (68). El anciano miró al cielo y exclamó: «¡Gracias te doy, Dios de todas las criaturas! Cábeme parte del cáliz de la pasión de tu Cristo, para resucitar á la vida eterna. Bendigote, glorificote por el pontífice Jesucristo, tu muy amado hijo, á quien gloria sea tributada, á tí y al Espíritu Santo en los siglos futuros. Amen (69).»

Cuando acabó de hablar prendieron fuego á la hoguera: desplegaron las llamas alrededor de la cabeza del mártir, cual la vela de un bajel hinchada por el viento (70). Refieren sus actas que se parecía al oro ó á la plata probada en un crisol (71), y que exhalaba un olor de incienso ó de un perfume vital (72). El verdugo encargado de rematar las fieras moribundas, hirió á Policarpo, y salió tanta sangre de las venas del anciano, que apagó el fuego (73).

Pothin, obispo de Lion, anciano de más de noventa años, débil y enfermizo, fue derribado, hollado, arastrado por la arena, y arrojado de nuevo á la cárcel, donde entregó el alma. Sus compañeros en los tormentos parecían en medio del suplicio curarse una llaga con otra llaga nueva: los ejecutores atormentádos, no tanto aparecían verdugos que abren heridas, como cirujanos que las cierran; tanta era la alegría de los confesores. Muchos de ellos escribieron en griego la relacion de su martirio, desde el fondo de los calabozos donde los sepultaron de nuevo antes de darles la muerte. La carta tenía este sobrescrito: *Los siervos de Jesucristo, que viven en Viena y en Lyon de Galia, á los hermanos del Asia y de Frigia, que profesan la misma fe y tienen la misma esperanza en la redención: Paz, gracia y gloria de parte de Dios Padre, y de Jesucristo nuestro Señor (74).*

No os hablaré del martirio de las seducciones, empleado después de la inutilidad de las amenazas y de los dolores: dignidades, honores, fortuna, y hasta voluptuosidad que hermosas cortesanas procuraban encender, fueron tan inútiles como los leones y el fuego.

La sangre es poderosa: estas generaciones del siglo heroico cristiano, que subyugaron las clases industriales, produjeron las generaciones del siglo filosófico del Cristianismo, que conquistaron á su vez á los hombres de talento. Este siglo filosófico no está separado bruscamente del siglo heroico; tiene su origen en este. Sus primeros ingenios enseñan y mueren en el cadalso; pero su doctrina reinó y triunfó en sus sucesores, después que pasó la era de los confesores. El Cristianismo filosófico no destruyó tampoco el Cristianismo heroico, pero se verificaron los sacrificios de otra manera en los combates contra los heresiarcas, ó bajo el hierro de los Bárbaros.

SEGUNDA PARTE.

CONTINUACION DE LAS COSTUMBRES DE LOS CRISTIANOS.—SIGLO FILOSÓFICO.—HEREJÍAS.

En esta segunda edad del Cristianismo, la grandeza de las costumbres públicas y la sublimidad intelectual sustituyen á la virtud de las costumbres privadas, y á la belleza moral evangélica. Ya no es la Iglesia militante, esclava, democrática en los calabozos y en la sangre; sino la Iglesia triunfante, libre, real, en la tribuna y en la púrpura. Suceden los doctores á los mártires: estos no habían tenido sino su fe, aquellos tienen su fe y su talento. La parte selecta del mundo pagano, que no había cedido ni á la sencillez apostólica ni á la autoridad de las hogueras, escucha, se llena de admiración, y pronto cede, hallando en la boca de

los padres los sistemas de los sabios, explicados con más claridad y elocuencia.

Las altas escuelas cristianas se parecían á las escuelas filosóficas, y las cátedras contaban una serie no interrumpida de profesores como en Atenas. A Taciano siguió Rodon, y Máximo, sucesor de Rodon, examinó la cuestion del origen del mal, y de la eternidad de la materia (1). Clemente de Alejandria, que reemplazó á Panteno, habíase alimentado con las obras de Platon: cita en sus *Stromatas*, los maestros con quienes había estudiado, y que residían uno en Grecia, otro en Italia y dos en Oriente. «Mi maestro de Palestina; dice, era una abeja que libando el zumo de las flores de la pradera apostólica y profética, dejaba en el espíritu de sus oyentes un tesoro suave é inmortal.»

En su tratado del verdadero *Gnóstico*, (el que conoce) pinta Clemente el retrato del sabio mismo de los filósofos. «El gnóstico no vive ya sujeto á las pasiones, nada le enfada en esta vida, porque ha recibido la luz inaccesible: no hace salir su cuerpo voluntariamente de la vida, porque Dios se lo prohíbe; pero aparta su alma de las pasiones (2). El gnóstico se aprovecha de todos los conocimientos humanos (3). Temer la filosofía de los paganos es una debilidad; muy frágil sería la fe que aquella comoviera (4). El gnóstico hace uso de la música para ordenar las costumbres, vive libre, ó si es casado y tiene hijos, mira á su esposa como á su hermana, puesto que esta esposa no será ya para él sino una hermana cuando estén en el cielo. Los sacrificios agradables, á Dios son las virtudes y la humildad, con la sabiduría.»

La fama de Orígenes se había difundido por todo el mundo romano, y los Politeístas mismos admiraban al doctor cristiano. Habiendo entrado un día en la escuela de Plotino, en el momento en que este explicaba sus lecciones, Plotino se ruborizó, interrumpió su discurso, y no le continuó sino á ruegos de su ilustre oyente, de quien hizo un pomposo elogio al volver á tomar la palabra (5).

Plotino, fundador del neoplatonismo, no era empero su inventor: éralo Ammonio-Saccas, que había enseñado misteriosamente su doctrina á Plotino y á Orígenes; este último faltó al secreto.

Estos padres de la Iglesia, salidos la mayor parte de las escuelas filosóficas, y oriundos de familias paganas, fueron no solo profesores elocuentes sino tambien hombres políticos; entonces brillaron aquellos obispos que arrostraban frente á frente el poder de los emperadores y la brutalidad de los reyes bárbaros. Atanasio peleó contra los Arrianos: citado al concilio de Tiro y depuesto en el de Jerusalem, fue desterrado á Tréveris por Constantino. Regresa: los pueblos corren á verle pasar y entra en triunfo en su ciudad episcopal. Noventa obispos arrianos, á cuya cabeza se hallaba Eusebio de Nicomedia, le condenaron de nuevo en Antioquia: cien obispos ortodoxos le declararon inocente en Alejandria, y el papa Julio confirmó esta sentencia en Roma. El prelado volvió á sentarse en su silla; y le arrojaron de ella por orden de Constantino, que mandó ejecutar los decretos arrianos de los concilios de Arlés y de Milan. Atanasio celebraba una fiesta solemne en la iglesia de San Theon en Alejandria; cuando cantaba el salmo del triunfo de Israel sobre Faraon, y el pueblo respondía al fin de cada versículo: «la misericordia del Señor es eterna,» los soldados derribaron las puertas: el pueblo huyó, y Atanasio permaneció en el altar rodeado de sacerdotes y de frailes, que le libertaron de la pesquisa de los soldados. Refugióse á los sitios más apartados de Egipto, y los religiosos que le albergaron se vieron inquietados: este genio entusiasta se abismó aun más en la soledad, como un acero ardiente en la vaina. Un criado que le quedaba iba todos los días con peligro de la vida á buscar el alimento de su amo. ¿Qué

hace Atanasio en los desiertos? Escribe: los sepulcros de los príncipes de Tanis, los pozos en que duermen las momias de los perseguidores de Moisés, son las bibliotecas del solitario viviente; allí es donde escribió las páginas que desde el fondo del desierto conmueven las pasiones del mundo. A la muerte de Constancio, Atanasio vuelve a aparecer en medio de su pueblo; Juliano le obliga a regresar a la Tebaida, y aun vuelve cuando Juliano ha pasado. Valente le proscribió, y se oculta en el sepulcro de su padre. Finalmente, sale por última vez de las sombras, y cual torrente calmado acaba pacíficamente su curso. De los cuarenta y seis años que duró el episcopado de Atanasio, había pasado veinte en el desierto.

Gregorio Nazianceno, nombrado obispo ortodoxo de Constantinopla, de la que primero fue tan solo misionero, tuvo que sufrir los ultrajes de los Arrianos; y Teodosio, que le había entronizado a mano armada, le abandonó; Gregorio, obligado a alejarse de la iglesia que había creado y amado tanto, le dirigió aquella patética despedida que ha llegado hasta nosotros. Pasó el fin de sus días en su retiro de Capadocia, cantando (porque era poeta), la inconstancia de las amistades humanas, la fidelidad del trato con Dios, y la hermosura que hace olvidar todas las demás, la de la virtud.

Basilio, arzobispo de Cesárea, mereció el sobrenombre de Grande. Dictó reglas en Oriente a la vida cenobita; hay más de trescientas cincuenta cartas suyas, homilias, y un panegírico de los cuarenta mártires. Estas obras nos enseñan infinitas cosas: están escritas en un estilo muy elevado, porque San Basilio es quizá, con San Efrén, uno de los padres que más se alejan del genio antiguo, y se acercan al genio moderno. Sobresale en las descripciones de la naturaleza: no citaré porque es harto conocida, su carta a Gregorio Nazianceno sobre el sitio solitario que el mismo Basilio había escogido en el Ponto (6): sus nueve homilias sobre el *Hexaemeron* ó la obra de los seis días, son una especie de curso de historia natural; predicábalas en la cuaresma por mañana y tarde, y cuando tomaba de nuevo la palabra refería a sus oyentes lo que había dicho la víspera. La física del *Hexaemeron* es defectuosa, pero sus detalles son encantadores. El orador procura deducir de la historia de las plantas y de los animales las instrucciones de la moral. Un día hablando de los reptiles y de los cuadrúpedos, pasaba en silencio las aves (7): al punto la rústica asamblea le indicó su olvido por señas. El naturalista cristiano, candorosamente interrumpido, reconoció su error: varió de asunto, y describió el instinto de las aves con un acierto extraordinario, y aun sacó un ejemplo religioso de una equivocación: según su opinión, hay aves castas que se reproducen sin unirse, y de ahí la virginidad de María (8).

Valente intentó obligar a Basilio a que abrazase el arrianismo, y le envió a Modesto, prefecto de Oriente, con orden de aterrarle por medio de amenazas. Modesto se admiró de la firmeza de Basilio. «Sin duda alguna, le dijo el santo, nunca habeis tratado a ningún obispo.» Después de muerto logró Basilio tanta fama que procuraban imitarle hasta en sus defectos: afectaban su palidez, su barba, su porte, su hablar mesurado, porque era pensativo y recogido. Vestíanse a su semejanza, se acostaban a su modo, y se alimentaban de las cosas que prefería para su sustento. Este obispo universal fundó los primeros hospitales de Asia.

Flaviano y Juan Crisóstomo se mezclaron aun más que Basilio en la política. En la sedición de Antioquia, Crisóstomo, que era entonces simple sacerdote, sembró consuelos con sus discursos; y Flaviano, a pesar de su edad avanzada, partió a Constantinopla. Cuando hubo llegado al palacio del emperador y fue introducido en los salones, se mantuvo en pie sin hablar,

bajando la cabeza y ocultando el rostro cual si solo él hubiera sido culpable del crimen de su pueblo. Teodosio se acercó y le echó en cara la ingratitude de los vecinos de Antioquia. Entonces el obispo prorumpiendo en lágrimas, dijo: «Podeis en esta ocasión adornar vuestra cabeza con una diadema más brillante que la que llevais. Han derribado vuestras estatuas; levantad otras más preciosas en el corazón de vuestros subditos.»

«¿Qué gloria para vos cuando digan algún día: una ciudad populosa era culpable; gobernadores y jueces, aterrados, no osaban abrir los labios: presentóse un anciano y conmovió al príncipe! No vengo solamente de parte del pueblo; vengo de parte de Dios a declararos que si perdonais a los hombres sus errores, vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados. Otros os presentarán oro, plata, regalos; yo no os ofrezco más que las leyes santas, exhortándoos a imitar a nuestro Señor, que nos colma de bienes, aunque le ofendamos diariamente. No defraudeis mis esperanzas: si perdonais a mi ciudad, regresaré lleno de alegría; si la condenais, no volveré a entrar en ella.»

Al oír Teodosio este discurso, exclamó: «¿Seremos implacables para con los hombres, nosotros que solo somos hombres, cuando el Señor de los hombres oró en la cruz por sus verdugos (9)?» El Cristianismo era al mismo tiempo un principio y un modelo: no es posible formarse una idea de cuán saludable ha sido para la humanidad este ejemplo del perdón de Cristo, recordado incesantemente durante los siglos de barbarie y de despotismo.

San Crisóstomo había practicado durante cuatro años la vida ascética en las montañas; pasó dos años enteros en una cueva sin acostarse, y casi sin dormir, y se había fugado porque pensaron en nombrarle obispo. Si en la edad heroica cristiana, cuando se trataba de subir el primero al martirio, no era el episcopado una carga ligera, esta misma carga no fue menos pesada en la edad filosófica del Cristianismo; necesitábase el don de la palabra, la instrucción del literato, la destreza del hombre de Estado y la firmeza del hombre de bien. Mas tarde, cuando ocurrió la invasión de los Bárbaros, todas las tribulaciones de los tiempos caían a la vez sobre los prelados. Juan Boca-de-oro, nombrado obispo de Constantinopla, corrigió al clero, gobernó con sus consejos las iglesias de la Tracia y del Asia, y resistió a las acometidas del godo Gainaz. Véase algunas veces obligado a retirarse del altar, por que sentía su ánimo harto agitado para ofrecer el sacrificio. Conspiraron contra él; acusáronle de orgullo, de injusticia, de violencia, de amor a las mujeres; a fin de justificarse de la última debilidad ofreció mostrar el estado a que le habían reducido las austeridades de su juventud. Condenado en el concilio de Chenez, desterrado de Constantinopla, y vuelto a llamar poco después, se atrevió a arrostrar el poder de Eudoxia, que juró su muerte. Entonces fue cuando pronunció el famoso discurso en que decía: «Herodíades está todavía furiosa, aun baila, y pide aun la cabeza de Juan.» Crisóstomo, precipitado como Demóstenes de la tribuna cuya gloria era, arrebatado del altar en que había dado un asilo a Eutropa, recibió la orden de salir de Constantinopla, y dijo a los obispos amigos suyos: «venid, oremos: despidámonos del ángel de esa iglesia.» Después añadió a las diáconisas: mi fin se acerca: no volveréis a ver ya mi rostro: bajó por un camino secreto a la orilla del Bósforo, para evitar la vista de la muchedumbre, y habiéndose embarcado pasó a Bitinia. Desterrado a Cuensa, los pueblos, los frailes y las vírgenes corrían a su encuentro, gritando: «mas valdría que el sol perdiese sus rayos que Boca-de-oro la palabra.»

A pesar de hallarse desterrado, temíanle sus enemigos, y solicitaron que se le enviase a un destierro más

remoto; notificóse pues al confesor que se trasladase a Petionto, en las orillas del Ponto-Euxino. El viaje duró tres meses: los dos soldados que conducían a Crisóstomo le obligaban a caminar expuesto a la lluvia ó a los ardores del sol, porque estaba calvo. Cuando hubieron pasado de Comama, se detuvieron en una iglesia dedicada a San Basilio mártir. El santo se sintió enfermo; mudóse el traje, se vistió de blanco, comulgo (estaba en ayunas) distribuyó a los asistentes lo que le quedaba, pronunció estas palabras que tenía por lo común en los labios! ¡«Alabado sea Dios por todo!» y después, alargando los pies pronunció el último amen (10).

Nada puede haber más completo ni perfecto que la vida de los prelados de los siglos IV y V. El obispo bautizaba, confesaba, predicaba, ordenaba penitencias privadas ó públicas, lanzaba anatemas ó levantaba excomuniones, visitaba a los enfermos, asistía a los moribundos, enterraba a los muertos, redimía a los cautivos, alimentaba a los pobres, a las viudas, a los huérfanos, fundaba hospicios y enfermerías, administraba los bienes de su clero, resolvía como juez de paz las causas particulares, ó decidía las diferencias entre las ciudades: publicaba al propio tiempo tratados de moral, de disciplina y de teología, escribía contra los herejes y los filósofos, se ocupaba de ciencias y de historia, dictaba cartas para las personas que le consultaban en ambas religiones, mantenía correspondencia con los obispos y las iglesias, con los frailes y los ermitaños, asistía a los concilios y a los sinodos: llamábanle los emperadores a su consejo, encargábanle las negociaciones, enviábanle a los usurpadores ó a los príncipes bárbaros para desarmarlos ó contenerlos: de suerte que los tres poderes religioso, político y filosófico, se habían concentrado en el obispo. San Ambrosio va de embajador cerca de Máximo, hace salir a Teodosio del santuario, reclama las cenizas de Graciano, no logra salvar a Valentiniano II, y se niega a comunicar con Eugenio: en medio de estas ocupaciones tan importantes, compuso todas las obras suyas que han llegado hasta nosotros, introdujo la música en las iglesias del Occidente, y dejó cánticos tan famosos que en los siglos siguientes la palabra *Himno*, y la palabra Ambrosiano, fueron sinónimas.

Los trabajos de San Ambrosio no exceden a los de San Agustín: noventa y tres obras en doscientos treinta y dos libros, sin contar sus cartas, testifican la fecundidad y variedad del ingenio del hijo de Mónica. «Si pudiera, dice en una carta dirigida a Marcelino, daros cuenta de mi tiempo, y de las obras en que me veo obligado a poner mano, os sorprendería y alligaría la multitud de negocios que me abruma.

... Cuando encuentro algún descanso por parte de los que recurren a mí, no me faltan otros trabajos: siempre tengo que dictar papeles que me pruban de seguir las obras que son más de mi gusto, en los cortos intervalos de reposo que me dejan las necesidades ó las pasiones de los demás (11).» Agustín escribe contra los Donatistas; estos quieren quitarle la vida; intercede por ellos, tiene una desavenencia con San Gerónimo: ocupase de las sentencias de árbitros, y recibe a los fugitivos después del saqueo de Roma. Su amistad y sus relaciones con el conde Bonifacio son celebres: la carta que escribió a aquel hombre ofendido, para promover en él de nuevo el amor a la patria, le honra sobre manera. «Juzgad por vos mismo: si el imperio romano os ha ocasionado bienes, no le volvais mal por bien; si os ha ocasionado males, no le volvais mal por mal.» Agustín vestía con suma limpieza, pero con sencillez. «Mi vestido, decía, debe ser tal que pueda dárlo a mis hermanos si lo necesitan; pero debe también por su modestia acomodarse a mi profesión, a mi cuerpo encorvado por la vejez, y a mis cabellos blancos (12).» Iba calzado, y decía a los que llevaban los

pies desnudos: «admiro vuestro valor: tolerad mi debilidad.» Ninguna mujer entraba en su casa, ni aun su hermana: si se veía absolutamente precisado a comunicar con mujeres no las hablaba sino en presencia de un sacerdote, porque se acordaba de su caída. Murió en Hippona, cuando estaba sitiada, sin hacer testamento, porque en su extremada pobreza nada tenía que dejar a nadie.

San Gerónimo es otra figura gigantesca de aquellos tiempos; pero de naturaleza muy distinta, borrascoso, apasionado, solitario, echando menos el mundo en el desierto, y el desierto en el mundo; es un viajero que busca por todas partes un abrigo, y que se sobrecarga de trabajos del mismo modo que se cubre de arena para ahogar lo que no es posible ahogar: marinero naufrago, peregrino salvaje y desnudo, que lleva su dolor al lugar de los dolores del Hijo del Hombre, y que encorvado bajo el peso de los años, apenas puede mantenerse al pie de la cruz.

Agustín y Gerónimo pertenecen a los tiempos modernos: reconócese en ellos un orden de ideas, una manera de sentir que ignoraba la antigüedad. El Cristianismo hizo vibrar en aquellos corazones una cuerda muda hasta entonces; creó hombres de ensueños, de tristeza, de disgusto, de inquietud, y de pasión, que solo encuentran un refugio en la eternidad.

El clero regular formaba una parte considerable de la organización cristiana: en el mundo romano civilizado, los frailes eran hombres de la naturaleza, como fueron hombres de la civilización en el mundo bárbaro. Distinguíanse tres clases de religiosos: los reclusos encerrados en sus celdas, los anacoretas dispersos por los desiertos, y los cenobitas que vivían en comunidad. Las reglas de algunas órdenes monásticas eran obras maestras de legislación. Tres causas generales poblaron los claustros: la religión, la filosofía y la desgracia: separáronse de la sociedad cuando esta hubo perdido el poder de proteger. Los conventos se convirtieron por esta misma razón en un plantel de hombres de talento y de independencia.

La ocupación manual de los cenobitas era fabricar cuerdas, cestas, esteras y papel: también copiaban libros (13): trabajos de los que San Efrén se complace en deducir lecciones. Pablo ermitaño, Antonio, Pacomio, Hilario, Macario y Simón Estilita, son personajes desconocidos del helenismo; sus vestidos, sus palmeras, sus fuentes, sus cuervos, sus leones, sus montañas, sus grutas, sus antiguas tumbas, las ruinas en que los demonios los tentaban, y las columnas que les elevaban a otra soledad en los aires; pertenecen al dominio de la imaginación oriental cristiana.

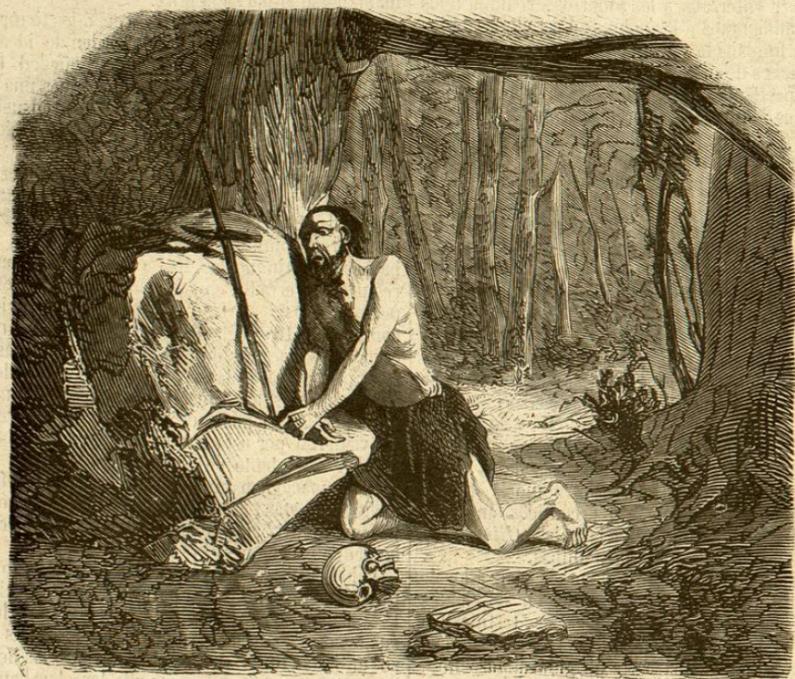
Los ascetas erraban en silencio por el Sinaí cual las sombras del pueblo de Dios. Estos aspirantes al cielo ejercían gran poder sobre la tierra: los emperadores enviaban a consultarlos. Constantino dirigió una carta a San Antonio llamándole padre, y San Antonio reunió a sus frailes y les dijo: «no os admire el que un emperador nos escriba, porque no es más que un hombre; pero debe pasmaros el que Dios haya escrito una ley para los hombres (14).» Antonio se negaba a dar respuesta alguna; sus discípulos le apremiaban, y al fin escribió a Constantino y a sus hijos: «Despreciad el mundo, pensad en el juicio final, acordaos de que Jesucristo es el único rey verdadero y eterno, y practicad la humanidad y la justicia (15).»

En la sedición de Antioquia los frailes bajaron de sus montañas, y se establecieron en las puertas del palacio implorando la gracia de los culpables. Uno de ellos, Macedonio, por sobre nombre Crisóstomo, encontró en la ciudad a dos comisarios del emperador; asió al uno del manto y ordenó a ambos que se apeasen; la osadía de este viejo de corta estatura y cubierto de harapos, indignó a los comisarios; mas habiendo sabido quien era, le abrazaron las rodillas. «Ami-

gos, gritó el ermitaño, interceded por la vida de los culpables; decid al emperador que sus súbditos son hombres criados también á semejanza de Dios; que si se irrita por unas estatuas de bronce, una imagen viva y dotada de razon, es muy preferible á tales estatuas. Cuando estas son destruidas, pueden hacerse otras; pero ¿quién dará un solo cabello al hombre á quien se ha dado muerte (16)?» Así renacian la libertad y la dignidad del hombre por medio del Cristianismo: aquellos ermitaños, estenuados con los ayunos, encontraban en la independencian y en el menosprecio de la vida, los derechos que la sociedad habia perdido en el seno del lujo y de la esclavitud.

No economizaban las lecciones á los emperadores.

Lucifer de Cagliari apostrofa á Constancio con motivo de Atanasio: «si hubieras caido en manos de Matatias y de Finez, te hubieran traspasado con la espada: ¡y yo te injurio porque hiero con mis palabras tu espíritu empapado en sangre cristiana! ¿Por qué no te vengas de un mendigo? ¿Debemos respetar acaso tu diadema, tus pendientes, tus brazaletes y tu rico vestido con menosprecio del Criador? Me acusas de que te ultrajo: ¿á quién te quejarás? ¿á Dios á quien tú no conoces? ¿A tí mismo, hombre mortal, que nada puedes contra los siervos de Dios! Si nos haces morir, pasaremos á una vida mejor. Te debemos obediencia pero tan solo para practicar las obras buenas, no para las malas, ni para condenar á un inocente (17).»



ALLÍ SE HA SEPULTADO VIVÓ ENTRE LAS ROCAS UN CIUDADANO ROMANO.

Lucifer era legado del papa Liberio: ya se ve des- puntar el espíritu vehemente y dominador del futuro Gregorio VII.

Habianse introducido vicios al través de las virtudes: las pasiones secretas se alimentaban en el silencio del retiro, y las pasiones públicas nacian entre el estruendo del mundo. San Gregorio Nazianceno, San Crisóstomo, San Gerónimo, San Agustín, Salirano y otros muchos padres, se quejan de la ambicion de los prelados, de la avaricia de los sacerdotes, y de las costumbres de los frailes. Ya se han visto ejemplos que vienen en apoyo de tales acusaciones, y he recordado leyes que se oponian á las usurpaciones del clero; porque, el hombre ya sea que triunfe por las virtudes ó por las armas, se corrompe con la victoria. Donde principalmente se verificaron los mayores desórdenes fue en las sectas separadas de la union de la Iglesia; las herejias fueron para el Cristianismo lo que los sistemas filosóficos para el paganismo; con la diferencia de que los sistemas filosóficos eran las verdades del

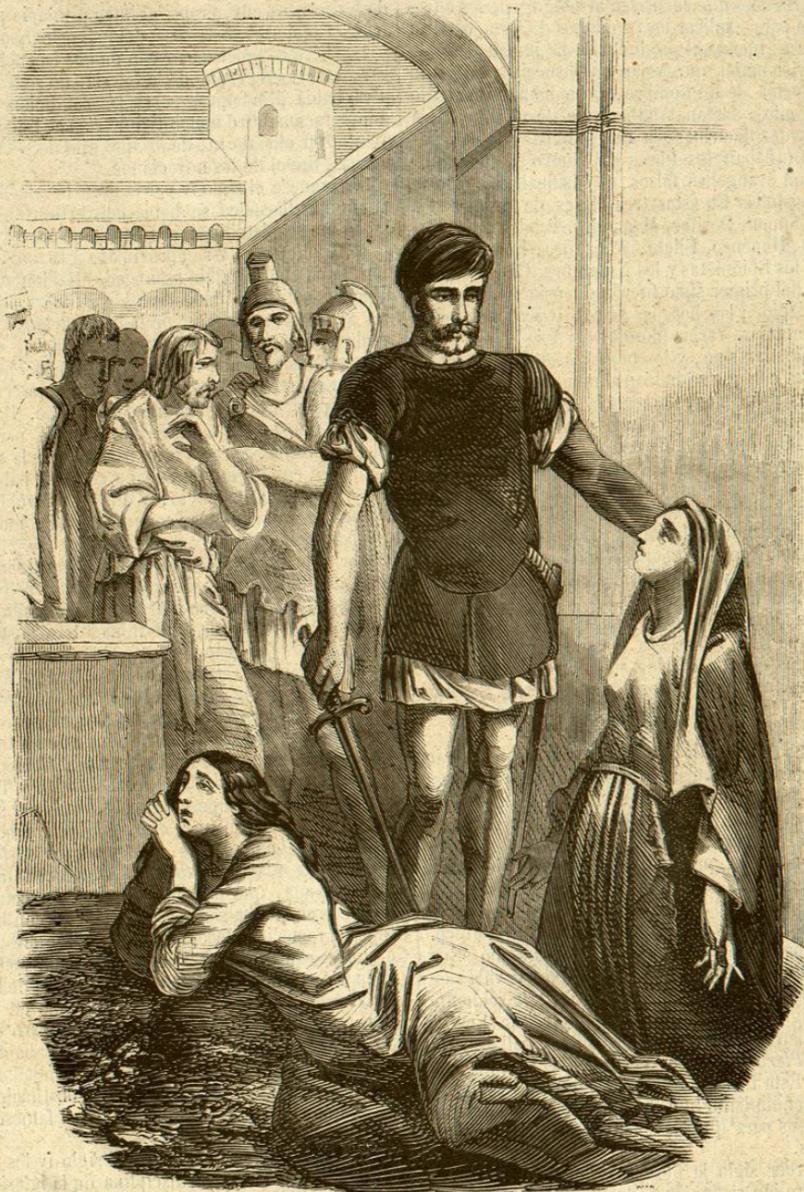
culto pagano, y las herejias los errores de la religion cristiana.

Las herejias salian casi todas de las escuelas de la sabiduria humana. La filosofia de los Hebreos, de los Persas, de los Indios, de los Egipcios y de los Griegos, se habian concentrado en Asia bajo la dominacion romana; de este foco, producido por la chispa evangélica, surgió una multitud de herejias, tan diferentes como semejantes eran las costumbres de los heresiarcas. Podriase formar un catálogo de los sistemas filosóficos, y colocar al lado de cada sistema la herejia que le corresponde. Tertuliano lo habia reconocido. «La filosofia, dice, que intenta temerariamente sondear la naturaleza de la divinidad y de sus decretos, ha inspirado todas las herejias. De aquí provienen los Eonos, y no se que formas extrañas, y la trinidad humana de Valentín, que habia sido platónico: de aquí el dios bueno é indolente de Marcion, salido de los Estóicos: los Epicúreos enseñan que el alma es mortal. Todas las escuelas de filosofia están acordes en

negar la resurreccion de los cuerpos. La doctrina que confunde la materia con Dios es la doctrina de Zenon. ¿Se habla de un dios de fuego? Siguen á Heráclito. Los filósofos y los herejes tratan los mismos asuntos, y se enredan en las mismas cuestiones. ¿De dónde proviene el mal y por qué existe? ¿De dónde proviene el hombre y cómo? y le que poco despues propuso Va-

lentin: ¿cuál es el principio de Dios? Si le prestamos oídos es el pensamiento y un aborto (18).»

San Agustín contaba en su tiempo ochenta y ocho herejias, principiando en los Simonianos y concluyendo en los Pelagianos, y confiesa que no las conocia todas. Como el entendimiento no hace con frecuencia mas que repetirse, no será inútil advertir que la pala-



MARTIRIO DE SANTA FELICIDAD Y SANTA PERPETUA.

bra herejia significa eleccion, y esto mismo quiere decir la voz eclecticismo que tan en boga está en el dia; el eclecticismo es la herejia de las herejias, ó la eleccion de las elecciones filosóficas.

De este modo en el momento de la destruccion del imperio romano en Occidente, el Cristianismo mar-

chaba con doce persecuciones generales (19); las persecuciones de Neron, de Domiciano, de Trajano, de Marco-Aurelio, de Severo, de Maximino, de Decio, de Valeriano, de Aureliano, de Diocleciano, de Constancio (persecucion arriana) y de Juliano: con tres cismas de la Iglesia romana, los cismas de los antipa-